

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

Un Borges filocomunista y prostibulario

Jorge Luis Borges está en lugar destacado en la historia de la literatura castellana desde mucho antes de que muriera. De su vasta producción, quizá sea lo mejor su obra poética. Muchos de sus poemas son más profundos y originales que sus conocidísimas invenciones narrativas.

Borges pasó por ser aún más reaccionario de lo que en realidad era. La causa de tal fama se debe a sus declaraciones a periodistas, críticos literarios o estudiantes, ante los que gustaba aparecer como un viejecito intolerante y retrógrado; exageraba su conservadurismo y su anticomunismo hasta límites de humor negro totalmente descabellados. Buscaba el escándalo en la caricatura, para difuminar su natural conservadurismo, y aunque apoyó a muchos dictadores, como a Pinochet, siempre odió al general Perón, que le sacó de la Biblioteca Nacional para nombrarle inspector de mercados, a él, que estaba ya casi ciego.

Su anticomunismo parecía ser visceral, mas no siempre lo fue. En su juventud, junto a escarceos ultraístas y textos presuntamente eróticos, aparecen escritos que han sido tildados de prosoviéticos, creo que exageradamente. Se sabe que destruyó un libro, escrito en Mallorca, que iba a titularse "Salmos rojos". Los poemas sobre la Revolución rusa que se conservan, y que luego se comentan, muestran a un Borges a remolque de las modas y temas literarios; y cantar al ejército y al pueblo soviético empezaba a estar de moda, moda que duraría cerca de setenta años.

Algunos de tales textos escaparon del fuego inquisitorial al que fueron condenados posteriormente por Borges. Habían aparecido en diversas revistas minoritarias españolas, entre los años 1919 y 1922. El crítico peruano Carlos Meneses reunió buena parte de ellos, y los publicó en 1978. No es solamente influencia ultraísta lo que en tales escritos aparece, sino entusiasmo por temas que desconocía, como la prostitución y el sexo. A Borges no le era muy grato recordar aquellos tiempos y escenarios de la "perpetración" de sus "pecados de juventud", cuando firmó varios manifiestos

ultraístas, de los que abominó, en Argentina al publicar su primer libro "Fervor de Buenos Aires", en 1923, aunque siguió tratando a sus compañeros de aventura Rafael Cansinos-Asséns y, más turbulentamente, a Guillermo de Torre, a los que dejó en dique seco.

Es muy posible que el miedo que el amor físico producía en Borges, ya en su adolescencia, y que luego él manifestó como desinterés o incapacidad, a fin de velar sus frustraciones, le empujase a tratar temas escabrosos, como su texto en prosa "Casa Elena" aparecido en la revista "Ultra", de Madrid, en 1921: confusa disquisición sobre un conocido burdel mallorquín que, al parecer, frecuentó con sus amigos isleños, texto que Borges subtítulo "Hacia una estética del lupanar en España"; ingenuidad, grandilocuencia y erotismo descafeinado. Un resultado lamentable y triston.

Vale la pena reseñar ahora algunos de los "poemas rojos" que Carlos Meneses logró reunir. Son, seguramente, restos del libro "Salmos rojos", que Borges destruyó, como queda escrito. Y son penosísimos, como se verá.

"Rusia" (1920) quiere resultar atrevido. Para ello, ofrece frases como "la trinchera avanzada en la estepa", "la vocinglería de las torres del Kremlin" o "las bayonetas que portan en la punta las mañanas", que intentan hacer sentir una emoción revolucionaria empleando imágenes paisajísticas, ni siquiera pinceladas de una ideología revolucionaria que, afortunadamente para él, desconocía: se hubiera horrorizado.

"Gesta maximalista" (1921) habla de "barricadas que cicatrizan las plazas", de un "ejército de fresca arboladura de surtidores-bayonetas", que pasa como "el candelabro de los mil y un fallos", y de "la hirsuta muchedumbre".

En "Guardia Roja" (1921) aparece "el villorio incendiado", "la estepa rendida" y, como colofón heroico, surgen "las hordas de luces", expresión más propia de un mediocre crítico de pintura que de un aspirante a escritor. Y peor van las cosas en "Último rojo sol" (1921), que de rojo sólo tiene el título y de poético casi nada: un edificio "está a media asta" y el poniente "tiraniza la calle"...



AVALLONE

Los poemas son francamente mediocres, y nos parecen pésimos si pensamos en la calidad literaria que muy pronto alcanzó su autor. Era tal el horror que a Borges le causaba pensar que anduviesen esos "pecados" por ahí, y que alguien pudiese volver a leerlos que, en 1980, en un viaje que realizó a Palma de Mallorca, protagonizó el siguiente suceso: en una librería de Palma alguien puso en sus ma-

nos la compilación de sus poemas juveniles hecha por Carlos Meneses; Borges ordenó a María Kodama, entonces sólo su secretaria y aún no su esposa, que rompiera inmediatamente el libro; al decirle ella que en la portada aparecía una buena foto del Borges juvenil, le respondió que conservara la portada, pero que destruyera el volumen.

Pienso ahora en Borges, en su persona. Le conocí en Buenos Aires mediados los años sesenta. Fui a verle a la Biblioteca Nacional, en la calle Méjico, para decirle que me gustaría recoger, en una selección antológica, su obra en verso, pues por entonces era muy poco conocida en España. Pareció extrañado, pero también halagado, por mi interés por su obra poética, que él tenía en alto aprecio, pese a que también en Argentina era, por entonces, escasamente divulgada. Consiguí para mí un ejemplar de "Cuaderno San Martín", y en posteriores encuentros me ayudó con entusiasmo a confeccionar sus "Poemas escogidos", que publicó la "Colección Ocnos", en Barcelona, en 1972. Ni entonces ni después me habló nunca de su obra anterior a "Fervor de Buenos Aires", aunque sí solía referirse, de pasada y despectivamente, al ultraísmo, pero lo hacía como si fuese algo ajeno a él y a su obra. Y no salió el tema de sus fobias políticas, tal como me habían vaticinado mis amigos bonaerenses, a los que las continuas declaraciones reaccionarias y ultramontanas de Borges sacaban de quicio.

Con seguridad que el rechazo de sus primeros balbuceos como escritor fue una decisión muy meditada. Algo así como un total borrón y cuenta nueva. Entre otras cosas, ya formado como escritor, ya en camino de ser un clásico intemporal, le horrorizaba haber seguido una moda pasajera, haber tratado alegremente un tema que desconocía, el de la Revolución rusa, o haber hecho una lamentable incursión en el mundo del erotismo y del sexo.

Conocer esa obra primeriza de Borges no disminuye en nada mi admiración por su obra, por su obra definitiva. Tampoco yo incluiría ni uno de esos textos en la producción completa de uno de los mejores escritores de este siglo. ●

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO, escritor